

trimonio, el parentesco, son las fuentes más puras para el derecho.

El Nigromante.—Fernando, rey de Portugal, se enamoró de Leonor Téllez, mujer de D. Juan de Acuña; el rey hizo declarar nulo ese casamiento; Acuña se fué á España llevando en su sombrero, por adorno dos cuernecillos de oro; Fernando se casó con la escandalosa é incorregible Leonor; y... así se hacen las reinas. Sin salir de Portugal, Doña María I enloquece al subir al trono; el clero oculta la enfermedad y gobierna abusando como de costumbre, y..... así se hacen las reinas! Catalina I de Rusia, prestando sus servicios amorosos, recorre toda la escala militar, desde los soldados hasta Pedro el Grande; en el alto puesto de Emperatriz, descendía por via de repaso, hasta no manifestarse esquiva con Villebois, un marino francés que, borracho, le llevó un día un recado del regio esposo; no sé lo que resultaría de esas aventuras, pero así se hacen los reyes! Catalina II, que mató á su consorte, deseando tener sucesion, se pasaba ratos muy divertidos; una vez, pasadas las primeras emociones, preguntó á su compañero: ¿quién eres? El amigo contestó: un tambor. ¿Sabeis lo que ella le mandó? Señora Voz, así se hacen los reyes!

La Voz.—Eso pasa allá entre los herejes; no se contarán esas anécdotas de las reinas españolas; una María Luisa, una María Cristina, una Isabel II! Habian de ser ustedes mejores.

El Nigromante.—Sé de muchas travesurillas; pero estas no contribuyen directamente para hacer los presidentes.

La Voz.—Pero no ve usted que soy una señora? ¿cómo me habla usted de esas historias?

El Nigromante.—Apuesto á que es más interesante y del día lo que le cuentan á usted los padres.

La Voz.—Eso sucede cuando me dan un curso de historia; entónces viene al caso.

El Nigromante.—Y ahora?

18 de Julio de 1871.

CONFIDENCIAS.

“LA VOZ DE MÉXICO,” EL NIGROMANTE.

El Nigromante.—Deseo dar á usted las gracias; y si me lo permite, un abrazo....

La Voz.—¿Por qué tantos extremos de cariño?

El Nigromante.—Se me ha descubierto usted en su última conversacion, y así es como me agradan las mujeres de su edad; bromista, maliciosa, pródiga en anécdotas; cuénteme vd. entre los de su tertulia!

La Voz.—Espero que no olvidará vd. las palabras decorosas.

El Nigromante.—Picarona! No olvidaré aquellos *ajos* benditos con que usted me ha obsequiado.

La Voz.—Pero lo que sí no me ha visto usted ni me ha adivinado, es la cara.

El Nigromante.—Lo que usted deja ver es bastante para que mis simpatías completen el tipo.

La Voz.—Me va pareciendo usted amable, ¿quiere usted un puro?

Nigromante.—Este último rasgo viene á confirmar mis sospechas. Una dama que por los cuatro costados pertenece al clero, que suelta palabras inesperadas, que tiene una con-

versacion epigramática, que fuma puro, que sabe latin, que se burla de mis cosquillas. . . . no hay remedio, debe tener un bigote que, cuando no es exagerado, no sienta mal en una cara femenina.

La Voz.—¿Me enamora usted?

El Nigromante.—No! Hago un resumen de mis observaciones para concluir con que usted pertenece á las señoras graves, cuya conversacion me divierte. El conocimiento del mundo se perfecciona en los estrados, y sobre todo, estudiando á las personas de experiencia. Entre los negocios serios ninguno cansa tanto como la política. . . .

La Voz.—¿Querrá usted que hablemos de amores? ¿A nuestra edad!

El Nigromante.—A nuestra edad no carece de interes la crónica escandalosa, en cuanto ilustra las cuestiones serias, aun de la misma política. Hemos visto, por ejemplo, cómo se hacen los papas; examinemos con toda franqueza cómo se hacen los obispos, cómo se hacian los prelados de los conventos y tambien cómo se han hecho los santos.

La Voz.—¿No seria mejor ocuparnos de cómo se están haciendo los electores y los diputados?

El Nigromante.—Sí, señora, y de cómo se están haciendo los periódicos; y de cómo la Sociedad Católica hace testamentarias y casamientos, y de cómo se hace que las monjas burlen las leyes de reforma, exponiendo á muchas de aquellas incautas á perder el dote que el Gobierno les ha designado, y de. . . .

La Voz.—Poco á poco! Me ha dicho usted que no viene á buscar polémicas, sino una charla confidencial; no de periódicos, de estrado.

El Nigromante.—Podemos hablar de todo, sin pretensiones, con abandono.

La Voz.—Me alarma usted con esas propuestas; mire usted, si se presenta alguna materia delicada, salvaremos la decencia por medio de los tropsos.

El Nigromante.—Tengo miedo al sentido figurado. . . .

La Voz.—Por mis hermanos de las cebollas?

El Nigromante.—Y por miedo á los comentadores, que desfiguran lo más sencillo. Ha oido usted hablar de las Hespérides? La conquista de estas niñas fué el duodécimo trabajo de Hércules. Pues bien, ¿qué llamó la atencion de Hércules?

La Voz.—Las Manzanas! . . .

El Nigromante.—Es cierto que la mayor parte de los autores hablan de *pomas*; pero otros han disertado largamente sobre que fueron naranjas; y un aleman, sabio como todos los alemanes, probó que eran limones. Si el primero que habló de pomas hizo uso de una metáfora, contemple usted cuánto trabajo perdido!

La Voz.—Pero quién nos ha de comentar á nosotros?

El Nigromante.—Temo á Juvenal, que acaba de suponerme palabras en que me burlo del pueblo. Y si estas imputaciones se me hacen cuando con palabras y obras he acreditado lo contrario, considere usted á lo que me expongo si no me explico con toda la claridad posible. A usted tambien le perjudica ese estilo: sobre todo, cuando interpreta la Biblia: así la palabra *cimiento* la vuelve usted *clave*; y poniendo lo de abajo arriba, transforma usted al primero de los misioneros cristianos en un soberano Pontífice. Hay otro peligro, el de las alusiones; despues que un amigo con su genio agudo y travieso, ha puesto en boga las etimologías de *pigmeo* y *enano*, si hablando de alguna muchacha digo que trae un puf enano, no sé qué clase de medida me van á suponer los maliciosos. Parecerá ménos malo á estos señores que diga *taparabo*. Pero, repito, quiero dar á usted gusto: evitaré lo que pueda alarmarla.

La Voz.—Le advertiré á usted que comprendo cuando se me habla en *caló*.

El Nigromante.—Nunca lo he dudado; el *caló* es una invencion frailesca, mejorada por los ingleses y adoptada recientemente por los escritores románticos. Es inútil con las personas que no lo comprenden y con las que lo comprenden.

Por eso me ha dado gusto Juvenal cuando me habla de pier-
nas; ya temía yo que se me volviera inglesa.

La Voz.—Lo que no perdono á usted es que tenga toda-
vía cosquillas.

El Nigromante.—El santo más elocuente de ustedes, cuan-
do desde el desierto veía en su imaginacion las danzas de las
vírgenes romanas. . . .

La Voz.—Siempre me sale usted con los santos. . . . ha-
blemos de los electores y de los diputados. Comencemos por
que tiene razon el *Federalista*; en efecto, si las intrigas son
inevitables en el sistema electoral, pueden usar de ellas con
igual derecho todos los partidos, esto es, el Gobierno y la
oposicion.

El Nigromante.—El Gobierno se convierte en partido
cuando toma parte en las elecciones, y hace imposibles éstas,
porque se presenta en la lucha con armas y dinero que per-
tenecen á todos los partidos.

La Voz.—¿Pero los militares y empleados pueden votar?

El Nigromante.—¿Sí! Pero el hecho de que todos ellos vo-
ten por el Gobierno ¿no es una prueba de que han sido for-
zados, cuando ménos por el miedo?

La Voz.—Justo es que los dependientes del Gobierno le
den esa prueba de sumision y de confianza.

El Nigromante.—Seria tolerable si no fuesen dependientes
de la nacion.

La Voz.—La nacion de usted me parece hermana de lo que
usted llama la naturaleza; yo me inclino al sistema de que el
Gobierno haga las elecciones.

El Nigromante.—¿Ha jugado usted á la baraja?

La Voz.—El Padre N. suele ponernos el monte; poco, diez
ó veinte pesos, y le *pastoreamos* las cartas; él es muy cando-
roso, pero siempre nos gana.

El Nigromante.—Si el padre. . . . llamémosle Juárez, les
dijese á ustedes: señoras, ya conozco sus mañas; les declaro
que traigo una baraja compuesta y que perderán de todos
modos. . . .

La Voz.—No jugaríamos con él; ¿nos robaria!

El Nigromante.—Eso nos sucede con Juárez. Decreta el
Congreso unas pequeñas garantías para la libertad del sufra-
gio, y Juárez declara por medio de Castillo Velasco, que esas
garantías le estorban para su reeleccion de presidente; vaci-
lan algunos gobernadores, y para atraérselos les manda co-
misionados con toda clase de concesiones onerosas para el
erario; entónces aparecen bárbaros en las fronteras del Sur
y el Norte; falta un ramo de elecciones en el presupuesto; se
corrompe á los empleados para que supongan plazas; se eman-
cipan algunos gobernadores, se les amaga; otros no pueden
consumar el crimen electoral, se les auxilia con dinero y sol-
dados; en fin, sus mismos periódicos justifican todas las infrac-
ciones constitucionales; ya ni siquiera las niegan. Seria por
lo mismo una estupidez jugar con Juárez.

La Voz.—Pero como él tiene el dinero de ustedes, él solo se
baraja y se apunta; no les queda á ustedes más recurso que
apelar á un *Espíritu Santo*.

El Nigromante.—¿Espíritu Santo! A que ese caló birjáni-
co ha salido de los conventos?

La Voz.—Poco importa el origen de la palabra; lo cierto
es que á ustedes no les queda más que someterse á una mo-
narquía disimulada ó apelar á la revolucion.

El Nigromante.—Me parece que la revolucion está inicia-
da por el Gobierno: ¿qué cosa es una autoridad que rompe
todos sus títulos? Pronunciado Juárez, por un rasgo de pu-
dor, nos dice: me temo que ustedes van á abusar. Un ran-
chero y su vecina se paseaban montados sobre un mismo caba-
llo; á la vista de un bosque la vecinita dijo: ¿qué ronca estoy!
y tengo miedo. . . . D. Benito se finje ronco. Hemos visto
las patas al caballo, como el lego que. . . .

La Voz.—¿Diviértase usted con cuentos! La situacion de
ustedes no es para chanzas; tienen ustedes mucho de cando-
rosos, y en prueba de ello, hasta sus mismos enemigos les
hacen proposiciones para salvarlos, ó por lo ménos les dan
consejos. Ya les dicen á ustedes que les colocarán á su jóven

Porfirio, para educarlo, al lado de D. Benito; ya les afean que se junten con los lerdistas; ya al mismo Porfirio le indican que se separe de ustedes; ya les proponen á ustedes una fusion, sin concederles ninguna influencia en el Gobierno; ya les prometen á ustedes que si ustedes triunfan, contarán con sus consejos como antiguos porfiristas; ya les pintan las consecuencias de la revolucion como personalmente funestas para ustedes; ya. . . . ¿para qué es cansarse? Hasta se enojan los juaristas porque ustedes no quieren escucharlos; esa es amistad, y si no, ¿qué han sacado ustedes de los lerdistas? ¿Ni un diputado! ántes bien les han escamoteado algunos.

El Nigromante.—Tambien ellos nos dan consejos, y usted.

La Voz.—Cómo no dárselos cuando ustedes á la hora suprema se cruzan de brazos! Disuelven sus clubs, no hablan de revolucion, no intrigan con los diputados, ni con los jefes contrarios. . . .

El Nigromante.—Despidiéndome por hoy, diré á vd. que el partido liberal ha cumplido trabajando por su programa y formándose con la arma al brazo; la direccion de las operaciones depende ya de los jefes.

La Voz.—¿Pero si éstos no dirigen? Entónces escucharán y seguirán los buenos consejos.

El Nigromante.—Entónces á los consejeros dirémos, como un soldado á quien su mujer no queria dar de cenar: cuchara me habian de dar, que sopas como las tuyas, me sobran.

Julio 20 de 1871.

LA VERDAD Y EL LENGUAJE

“LA VOZ DE MÉXICO,” EL NIGROMANTE.

El Nigromante.—¡Señora, Señora!

La Voz.—Adios, Señor Nigromante.

El Nigromante.—No me salude usted y se despida con una sola palabra; charlemos un poco.

La Voz.—Voy á misa.

El Nigromante.—Todavía no abren la iglesia.

La Voz.—Voy á comulgar; la conversacion de usted no seria el mejor preparativo!

El Nigromante.—Acaso lo disfrutará usted mejor en la sacristía. . . . pero, no desecharé esta oportunidad para ver en el alma pura de usted, en esa alma que va á unirse con su Dios, la verdad de esas aseveraciones que acaba de formular usted en uno de sus artículos de hoy, en los cuales creo tanto como en otros que usted me pondera.

La Voz.—Si he dicho algo, debe ser infalible, porque el partido absolutista es infalible. ¿He dicho otra cosa? Dios me perdone esta curiosidad.

El Nigromante.—Eso mismo ha dicho usted, y otras cosas; las principales son, que todos los enemigos del absolutismo *queremos hacernos del poder, perpetuarnos en el poder, medrar*